

# Rubén Darío y los relatos de viaje sobre Nicaragua

Günther Schmigalle

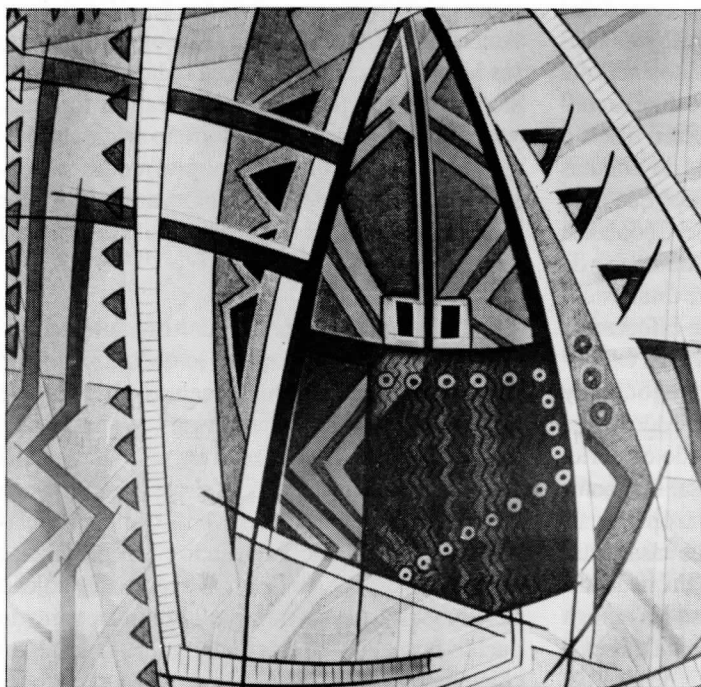
This article shows that Ruben Darío's *Voyage to Nicaragua* is a travel log, with its characteristic mix of narration, description and information, written by a Nicaraguan who had acquired, through his long stays in several American and European countries, the ability to see his own country to some extent through the eyes of a foreigner. The article compares Darío's text to those of other famous travellers.

En este trabajo nos proponemos interpretar *El viaje a Nicaragua* de Rubén Darío, publicado en Madrid, Biblioteca «Ateneo», en 1909, como fruto literario de la breve visita a su patria que realizó el poeta entre noviembre de 1907 y abril de 1908. La interpretación se concentrará en la parte escrita en prosa, sin tomar en cuenta la parte en verso (*Intermezzo tropical*). El único comentario un poco extenso que conocemos sobre esa obra de Darío es el del profesor Fidel Coloma en su introducción a la edición de 1987, la cual utilizaremos para el siguiente análisis, citándola con la sigla VN.

La primera pregunta que se plantea respecto al *Viaje a Nicaragua*, se refiere a su clasificación dentro de un esquema de los géneros literarios. En nuestra opinión, el libro no se puede clasificar ni como un «informe» ni como un «reportaje periodístico», sino como un relato de viaje, género literario que tiene una amplia trayectoria en Nicaragua, donde abundan los relatos de viaje escritos por extranjeros que visitaron al país en cualquier momento de su historia moderna. *El viaje a Nicaragua* sería entonces un relato de viaje sobre Nicaragua escrito por un autor nicaragüense. Pero

¿es posible que un autor pueda escribir un relato de viaje sobre su propio país? ¿No se perdería en este caso la distancia entre el mundo familiar que el autor comparte con su público, y aquel otro mundo lejano que se narra, distancia tan importante para que el relato de viaje pueda producir los efectos de distanciamiento y exotismo de los cuales se alimenta? Creemos que se puede dar el caso que circunstancias especiales permiten a un autor mirar a su propio país, o a partes del mismo, con ojos de un extranjero. Esa circunstancia puede ser el exilio u otro tipo de ausencia prolongada, y eso es precisamente el caso de Rubén Darío, quien, en 1907, visita a su tierra natal después de 15 años de ausencia. *El viaje a Nicaragua*, pues, es un relato de viaje, con su característica mezcla de narración, descripción e información, escrito por un nicaragüense quien, por su larga estancia en varios países de América y de Europa, adquirió la capacidad de mirar a su propio país, hasta cierto punto, con ojos de un extranjero.

Clasificar *El viaje a Nicaragua* de Rubén Darío como un relato de viaje significa también ubicarlo en una determinada tradición. Los relatos



de viaje sobre Nicaragua comienzan estrictamente con la carta que Colón escribió a los Reyes de España después de su cuarto y último viaje en 1502; pero no alcanzan su pleno auge y desarrollo hasta en el siglo XIX. La tesis que queremos defender en este trabajo es que Darío, en su *Viaje a Nicaragua*, no solamente se coloca muy concientemente en esa tradición, sino que también mantiene en este libro una especie de diálogo con los principales autores de relatos de viaje anteriores, y que gran parte de las descripciones, afirmaciones y valoraciones que encontramos en *El viaje a Nicaragua*, revelan su pleno sentido hasta cuando las interpretamos como respuestas a otras tantas descripciones, afirmaciones y valoraciones que encontramos en los textos de los viajeros anteriores. Algunas de esas referencias intertextuales son explícitas, ya que Darío cita los nombres y los libros de algunos viajeros: Paul Lévy (VN 120, nota 1), Thomas Gage (VN 132, 136), E.G. Squier (VN 141, 250) y el pirata John Esquemeling, al cual llama «Oexmelin» (VN 216).

Entre las referencias implícitas, en primer lugar habría que mencionar dos conceptos globales que fueron fundamentales para los viajeros del siglo XIX: los conceptos de «progreso» y «atraso». Darío introduce esos conceptos y su manera de utilizarlos, en el primer capítulo de la obra, donde transcribe gran parte del discurso que pronunció el 22 de diciembre de 1907, a su llegada a León. «Me ha sido dado contribuir al progreso de nuestra raza», declara (VN 97). Los conceptos de progreso y atraso aparecen varias veces más en el discurso, siempre con un matiz optimista, con mucha fe en la capacidad de los nicaragüenses para llegar a un desarrollo autónomo. Hay que recordar que los viajeros anglosajones, sobre todo,

integran el concepto de progreso, cuando lo aplican a Nicaragua, en un proyecto de conquista: Squier propone anexas toda México y Centroamérica, desde el Río Grande hasta el istmo de Panamá, al territorio de Estados Unidos (Squier 442), y Belt incluso sueña que los Angloamericanos, dentro de pocos siglos, colonizarán todo el territorio de Latinoamérica, y se hablará inglés «desde las heladas tierras del lejano norte hasta Tierra del Fuego en el sur» (Belt 303). La visión de Darío es muy diferente. El atraso que él observa es real, pero es relativo, y es superable. El progreso que él preconiza es posible, y sobre todo, posible en base a las fuerzas y esfuerzos propios del pueblo nicaragüense.

Pero no solamente en las categorías más globales del análisis, sino también en los detalles de la narración y de la descripción podemos observar como Darío retoma temas que fueron tratados por los viajeros del siglo XIX, confirma en parte las observaciones de aquellos, pero les da un matiz diferente. Citaremos algunos ejemplos.

**1. La pereza.** Una de las observaciones que encontramos con más frecuencia entre los viajeros precursores de Darío, se refiere a la indolencia del nicaragüense, su aversión a cualquier esfuerzo continuo y sistemático, ya sea de carácter físico o intelectual. La descripción clásica es de Thomas Belt, el ingeniero y naturalista británico que pasó cuatro años y medio en las minas de Chontales: «Matagalpa no se destaca sobre la somnolencia de los otros pueblos del país; todo parece estar estancado bajo la total falta de interés o de esfuerzo de la gente; esto no deja de decepcionar a un extranjero acostumbrado al bullicio, negocios y diversiones de las ciudades europeas. Todo lo que vi fueron unas cuantas mujeres lavando en el río, o haciendo tortillas o puros en la casa. Los hombres, como siempre, reposaban en sus hamacas, fumando incesantemente. Unas pocas casas estaban construyéndose o a lo mejor habían quedado a medio terminar. De vez en cuando se les agrega algo, de modo que la construcción toma meses o años. (...) La noche comienza a las seis de la tarde. Un opaco quinqué se enciende en las mejores casas y se coloca alto para que arroje sobre la habitación una luz enfermiza y vacilante, insuficiente para leer. En torno de esta luz los criollos se sientan y chismorrean hasta las ocho o nueve, cuando se van a acostar» (Belt 179-180). Hay observaciones muy similares en Squier (288, 294) y en Lévy (273). La respuesta de Rubén Darío se encuentra en el capítulo II del *Viaje*, donde habla del efecto que el clima y los paisajes producen en los habitantes del trópico: «no es dudoso que un estímulo solar demasiado intenso y demasiado prolongado conduce a la depresión, y (...) es a esa causa a la que ciertamente hay que atribuir la *nonchalance* de los habitantes de los países cálidos» (VN 107-108). Pero en el tercer capítulo, después de hablar ampliamente de las habilidades creativas y artesanales de los nicaragüenses, elogiando desde los orfebres hasta los carpinteros y ebanistas, sin olvidar a los primeros «buenos conductores de automóviles», concluye: «Si el clima predispone para la fatiga y hay en él el tropical incentivo de la pereza, adelante, sin embargo, la actividad artesanal. (...) El

nicaragüense es emprendedor (...) En toda la América Central existen ciudadanos de la tierra de los lagos, que se distinguen en industrias y profesiones, algunos que han logrado realizar fortunas, y no pocos que dan honra al terruño original» (VN 127-128). Conclusión que permite modificar sensiblemente el juicio o prejuicio acerca de «los habitantes aburridos y perezosos» de la América hispánica.

**2. La ausencia de una cultura intelectual.** «En Nicaragua (...) no existe lo que propiamente pueda llamarse educación», leemos en el libro de Squier (248). «No hay bibliotecas, teatros o salas de concierto; tampoco se realizan reuniones públicas ni conferencias. Los periódicos no se conocen entre la gente del pueblo, ni libros de ninguna clase. Nunca vi a un criollo leyendo en las provincias centrales, a excepción de los abogados que hojean sus libracos de leyes, uno que otro funcionario de pueblo buscando la gaceta del gobierno o algún chico estudiando», cuenta Belt (179). «Hay muy pocos libros, ningún museo, ninguna colección de historia natural o de cualquiera clase que sea. De todas las bellas artes, la única que se cultiva un poco es la música», dice Lévy (291). En este aspecto también, Darío se dedica primero a confirmar lo que hay de cierto en este diagnóstico, y a explicarlo históricamente: la mayor parte del capítulo IV está dedicada a ese propósito, describiendo las consecuencias nefastas de la colonización española para la vida intelectual, el lento despertar de ideas progresistas, bajo la influencia de la Revolución francesa, y las guerras civiles que después de la independencia han impedido cualquier progreso en la instrucción del pueblo. El análisis asume aquí un carácter más personal, y se nota un tono de aflicción más íntima, cuando el poeta repite una que otra vez: «mas el libro ha sido escaso, y de aquellos tiempos no conozco ninguno» (VN 137), «Mas el libro, como he dicho, era escaso en esos tiempos, y aun continúa siéndolo ahora» (VN 141), «La impresión de libros, como lo he dicho ya, casi es nula» (VN 147). En el mismo capítulo Darío enumera una serie de políticos nicaragüenses, des-



de Herrera hasta Zeledón, que lucharon por llevar a Nicaragua «una vislumbre de progreso y de cultura» (VN 136).

### 3. La ausencia de una literatura nacional.

«En cuanto a la literatura nacional, es por decirlo así nula; las pocas personas que se toman el trabajo de escribir para el público no lo hacen mas que por medio del periódico, o sino, bajo la forma de un pequeño folleto o de hoja suelta, que se distribuye gratis», leemos en el libro de Pablo Lévy (283). Seguramente Darío tenía esas y similares observaciones en la mente cuando se puso a hablar, en los capítulos V y VI de su *Viaje*, de la literatura nicaragüense. Llama la atención que Darío no niega el estado de cosas observado por Lévy; pero da una explicación diferente de la pobreza literaria de su país. En Nicaragua no hay condiciones para la literatura y para la poesía, explica; lo que hay es una contradicción trágica entre el potencial poético y la falta de posibilidades de desarrollo de ese

potencial. «Hay en aquellos países», dice, «y en Nicaragua muy particularmente, una abundancia de materia prima, o, mejor dicho, de espíritu primo, que es de admirar. Mas el ambiente es hostil, las condiciones de existencia no son propicias, y la mejor planta mental que comienza en un triunfo de brotes se seca al poco tiempo» (VN 147). Enumera los poetas de su patria cuya producción se perdió en los diarios y alguna que otra revista, y que no lograron dejar a la posteridad ni un solo libro (VN 148). Explica que en Nicaragua nadie puede vivir de su pluma, y enumera varios talentos poéticos que tuvieron que dedicarse a otra cosa, dejando la «musa» para sus ratos libres. Dedicar todo un capítulo a un poeta de la época, Santiago Argüello, enfatizando que «su talento ha revelado su fortaleza cuando, a pesar del medio en que ha vivido, ha podido crear lo que ha creado» (VN 197). Definitivamente, la literatura nacional no es nula, como afirma Lévy, pero sí tiene que luchar con obstáculos casi insuperables - la ausencia de una cultura del libro, de un mercado del libro, de editoriales, de un público lector, de colegas con quienes intercambiar ideas. Y eso transforma a los potenciales poetas en figuras medio heroicas, medio trágicas, o los obliga a exiliarse voluntariamente, tal como lo hizo el mismo Darío.

### 4. La mujer.

Las mujeres nicaragüenses han llamado la atención de la mayoría de los viajeros que visitaron el país durante el siglo XIX. Citaremos como ejemplo un texto de Mark Twain, quien a finales del año 1866, cuando tenía 31 años y todavía no había escrito ni *Las aventuras de Tom Sawyer* ni *Las aventuras de Huckleberry Finn*, viajó de San Francisco a Nueva York por la ruta del tránsito, y publicó sus impresiones en el periódico *San Francisco Alta California*. Narrando el viaje en diligencia de San Juan del Sur a La Virgen, donde los viajeros se embarcaron para cruzar el Lago de Nicaragua y bajar el Río San Juan hasta San Juan del Norte, el autor norteamericano observa las «muchachas de pelo negrísimo y relampagueantes ojos, que de pies ante las bateas nos miraban pasar en actitudes como de agraciada in-

dolencia (...). tienen dientes blancos y caras bonitas de sonrisa ganadora. Son virtuosas en la medida de sus luces, pero me temo que sus luces sean un tantico apagadas. Vimos dos de estas muchachas que eran en verdad muy lindas. ¡Ah, sus ojos líquidos de mirada opiácea; aquellos labios carnosos!, su abundante pelo liso y satinado; ¡y qué decir de su arrebatadora prestancia incendiaria!, ¡cuán llenas de gracia, y qué curvas tan voluptuosas!, ¡y con tan pocos trapos encima...! Sí, pero no más tanteé usted a una de esas potranquitas ofreciéndoles un peine fino para los piojos...» (Twain 10). Es bueno recordar el humorismo un poco cínico de Twain, para apreciar plenamente la descripción de la mujer nicaragüense que hace Darío en el capítulo VII del *Viaje*. Comienza por una descripción de su tipo físico, que se caracteriza por «una especie de languidez arábiga, de *nonchalance* criolla, unida a una natural elegancia y soltura en el movimiento y en el andar» (VN 209). Cita a Havelock Ellis, el gran pionero británico de los estudios sobre la sexualidad que tanto influyó en la *Interpretación de los sueños* de Freud, para caracterizar «el andar de la española» en este caso, de la nicaragüense: «Su paso que se distingue también en todo lugar en que las mujeres acostumbran llevar carga a la cabeza, como en las romanas de las colinas albanas y en algunas partes de Irlanda es el porte erguido y digno, acompañado de sobrios movimientos, como sacerdotisa que llevara los sagrados vasos» (VN 210). Algunos autores del siglo XIX, entre ellos el filósofo Arthur Schopenhauer, han afirmado que la costumbre de llevar carga en la cabeza oprime el cerebro y dificulta el desarrollo de la inteligencia, pero ese tipo de consideraciones no va con la tendencia un poco romántica e idealista del texto de Darío. Sin embargo, después de hablar del encanto misterioso de la mujer nicaragüense, nuestro poeta aborda, de manera muy diplomática, el atraso en las costumbres de la mujer, y no vacila en mencionar el oscurantismo y la mojigatería que son el elemento vital de las devotas en cualquier país. La admiración de Darío se dirige sobre todo a la mujer heroica, según podemos deducir de la larga cita que hace de la obra de Gámez,

sobre las proezas de Rafaela Herrera, proezas que, según él, no pertenecen únicamente al pasado (VN 215-221). Vemos que el retrato que pinta Darío de las mujeres de su país natal es mucho más rico, más complejo y profundo que aquel que encontramos en Mark Twain o en cualquiera de los viajeros extranjeros que han visitado a Nicaragua.

**5. La política.** La mayoría de los viajeros que llegaron a Nicaragua durante el siglo XIX, presenciaron de cerca o de lejos las convulsiones políticas que siguieron a la independencia, y enfrentándose a las continuas revoluciones y guerras civiles que arruinaron el país, no podían dejar de formarse una opinión muy negativa acerca de la política y de los políticos en Nicaragua. Belt expresa sin ambages esta opinión: «Nunca vi en Centroamérica el menor signo de patriotismo, sino de partidismo egoísta, dispuesto en cualquier momento a arrojar al país a un estado de guerra, siempre que hubiera posibilidad de un pequeño botín. Los estados de Centroamérica sólo el nombre tienen de repúblicas; en realidad son oligarquías tiránicas» (Belt 266-267). En el capítulo VIII del *Viaje*, Darío retoma esa problemática, y trata de comprobar que en los años que han pasado desde la publicación de los libros de Squier, Lévy, y Belt, las cosas han cambiado de manera notable. «El país adelanta. El progreso se hace notar», dice (VN 225). Las revoluciones, explica, «han sido precisas muchas veces», y las compara con «las fiebres del desarrollo» (VN 225). La confianza que tiene Darío en el progreso político de Nicaragua y de toda Centroamérica, se basa en la obra de Zelaya, cuyo gobierno describe como «un Gobierno liberal y honrado» (VN 229), enumerando después todos los adelantos que ha podido notar en el país, desde la libertad religiosa hasta el muelle que se construyó en el puerto de Corinto (VN 230-231).

**6. El dinero.** Pero también hay puntos donde Darío coincide plenamente con los viajeros que le precedieron. Uno de esos es, sorprendentemente, el dinero. Recordemos que John L. Stephens, el famoso descubridor de la civilización maya, en el

primer volumen de su obra, donde habla en tono profético de las ventajas que resultarían de la construcción del canal interoceánico a través de Nicaragua, dice: «[Esta obra] apaciguará al perturbado país de Centro América; tomará la espada, que hoy está empapada de sangre, en podadera; removerá los prejuicios de los habitantes poniéndolos en estrecha comunicación con gente de todas las naciones; los provera de una causa y de una recompensa para la industria, y les inspirará el gusto de hacer dinero, el cual, después de todo, oprobioso como se le considera algunas veces, hace más por civilizar y mantener al mundo en paz que ninguna otra influencia de cualquier clase que sea» (Stephens I/379). Tal vez nos sorprenderá leer al final del capítulo X de *El viaje a Nicaragua* el siguiente elogio del dinero, digno de un François Villon, un Heinrich Heine o un Bertolt Brecht: «Hoy, como siempre, el dinero hace poesía, embelece la existencia, trae cultura y progreso, hermosea las poblaciones, lleva la felicidad relativa a los trabajadores. El dinero bien empleado realiza poemas, hace palpables imaginaciones, hace danzar las estrellas y puede traer toda suerte de bienes, de modo que los hombres bendigan las horas que pasan y se sientan satisfechos» (VN 261). ¿Será que en este punto, al fin, Ariel está de acuerdo con Caliban?

Creemos haber demostrado en este ensayo que en *El viaje a Nicaragua*, Rubén Darío mantiene un diálogo, implícito pero intenso, con los más eminentes viajeros extranjeros que visitaron Nicaragua durante el siglo XIX; comparte las categorías de análisis fundamentales que usan aquellos («progreso», «atraso»), pero les da un énfasis diferente, se podría decir, antiimperialista; confirma, amplía, modifica o refuta las observaciones, afirmaciones y valoraciones de aquellos. Su condición específica de ser al mismo tiempo viajero que viene de lejos, y nicaragüense que vuelve a su patria, permite a Darío lograr una combinación muy especial de distancia y de identificación, que explica en parte la extraordinaria profundidad y amplitud de sus

observaciones y confiere al *Viaje a Nicaragua* un lugar único entre los numerosos relatos de viaje sobre el país de los lagos y volcanes. Al libro de Darío se le hubiera podido dar justamente un título que más tarde fue «usurpado» por un viajero alemán: *Nicaragua von innen - Nicaragua desde adentro*.

El lugar eminente que el libro de Darío ocupa entre los relatos de viaje sobre Nicaragua se explica no solamente por la rara combinación de calidades: gran poeta, nicaragüense, viajero, sino también por una constelación histórica: la identificación de Rubén Darío con el régimen liberal de José Santos Zelaya, en el cual el poeta vio la realización de los ideales políticos de su juventud. El breve retorno de Darío a Nicaragua en 1907/1908 no significó solamente su apoteosis personal como poeta, sino también el precario triunfo de su pensamiento político. Ni antes, ni después del régimen de Zelaya *El viaje a Nicaragua* hubiera podido escribirse de la misma manera. □

### Bibliografía básica

BELT, Thomas. *El naturalista en Nicaragua*. Trad.: Jaime Incer. Fotografía: Franco Peñalba. Managua, D.N.: Banco Central de Nicaragua, 1976.

DARÍO, Rubén. *El viaje a Nicaragua e Intermezzo Tropical*. Ed. Fidel Coloma González. Managua: Ed. Nueva Nicaragua, 1987. (Col. Azul, 3.)

LEVY, Pablo. *Notas geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua*. París: Librería Española de E. Denné Schmitz, 1873.

SQUIER, Ephraim George. *Nicaragua, sus gentes y paisajes*. Trad. Luciano Cuadra. Managua: Ed. Nueva Nicaragua, 1989.

STEPHENS, John L. *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. Trad. Benjamín Mazariego Santizo. Il. Frederick Catherwood. 2 vols. San José, C.R.: Ed. Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1971. (Col. Viajeros, 3.)

TWAIN, Mark. «Divertido resbalón a través de Nicaragua.» En: *El Pez y la Serpiente*, no. 27, invierno 1983, p. 5-23.